

» el beneficio que nos ha librado de la muerte del pecado para
» volvernos la vida de la virtud. »

Se conoce por tales aspiraciones la maravillosa transformación que la gracia del bautismo había operado en el alma del neófito, y la sobreabundancia de gozo de un corazón renovado. Los paganos, de quienes se separaba con tanta decisión, le echaban en cara con satánicos sarcasmos el descrédito que por su conversión recaía en sus doctrinas y antigua nombradía. Le llamaban irónicamente *Coprien*, alusión maligna de su nombre al griego que significa *muladar*. Pero las humillaciones del Evangelio le parecían gloriosas al nuevo discípulo de la Cruz: abrazó con el mayor fervor sus santas austeridades, y distribuyó y repartió entre los más necesitados sus riquezas, herencia de una larga serie de antepasados, aumentadas con las rentas que le habían redituado sus cargos y empleos. Se consagró á la continencia perfecta, se revistió del humilde manto de los filósofos cristianos, tal como los que llevaron san Justino, san Juliano y Tertuliano, comenzó á estudiar la sagrada Escritura, menos por satisfacer un deseo vano de ciencia que para aprender reglas de conducta. Entre los autores eclesiásticos, se aficionó sobre todo á su paisano Tertuliano, con cuyo ingenio tenía tantas simpatías el suyo. No dejaba pasar un solo día sin leer algunos pasajes, y cuando lo pedía al jóven que escribía lo que le dictaba él, decía: « Dáme el maestro. »

11. Para contestar á los paganos que insultaban nuestros dogmas, y que le pedían razón de su conversión, escribió desde luego su *Tratado de la vanidad de los ídolos*, donde prueba lo absurdo del culto idolátrico, demuestra la unidad de Dios y la divinidad de Cristo. Publicó á poco tiempo su libro *De los testimonios*. En este tratado se presenta el conjunto de la religión con el método que más tarde ha seguido y desarrollado en mayor escala la teología escolástica. La primera parte es como un tratado de la verdadera religión contra los Judíos. Prueba que la ley de estos tenía un carácter esencialmente transitorio y temporal; que debía de ser abolida, destruida; y que el Mesías estaba anunciado en ella como debiendo

de establecer un nuevo templo, un nuevo sacrificio, un nuevo sacerdocio, una nueva Iglesia; que las naciones eran llamadas para obtener por los méritos de Cristo Jesús el perdón de sus pecados. — La segunda parte es como un tratado dogmático de la divinidad y encarnación de Jesucristo. Prueba en él que Jesucristo es Dios, Verbo de Dios, Dios y hombre verdadero, que los Profetas habían predicho su pasión, crucifixión, resurrección y ascensión á los cielos, y en fin su reino eterno por virtud de la Cruz. — La tercera parte es una teología moral, que abraza y desarrolla las consecuencias prácticas de los dogmas cristianos y las reglas de conducta para dirección de las almas.

12. Ciencia tan sublime y piedad tan eminente hicieron que se traspasara extraordinaria pero justamente el precepto de san Pablo que prohíbe ordenar á un neófito, precepto que se observaba entonces en todas las iglesias. San Cipriano fué elevado pues á la dignidad del sacerdocio, y un año después (248), habiendo dejado vacante la silla episcopal de Cartago la muerte de Donato, los fieles le pidieron unánimemente por obispo. Solo él se creía indigno de tal honor que suplicaba se desiriese á sus mayores en la fe: mas el pueblo cercó su casa é interceptó las salidas. El modesto prisionero fué por último llevado á su pesar á la silla episcopal, donde su elección fué confirmada por juicio de los obispos de la provincia, con universal aplauso de la muchedumbre. Solamente cinco sacerdotes, revoltosos y ambiciosos, fueron los que protestaron contra su elección: mas el santo les perdonó con tal bondad que fué admirado de todo el mundo, y les trató como á sus mejores amigos. Pero esta condescendencia no logró tocar aquellos corazones envidiosos y obstinados: su envidia fué gérmen de largos disturbios y discordias enconadas, cuyo eco resonará más tarde en toda la Iglesia. La desconfianza que ponía en algunos fieles su repentina promoción al obispado, junto con la profunda humildad de san Cipriano, le hicieron determinarse á no hacer nada sin consejo de su clero y participación del pueblo, no porque creyese que fuera, en sí, necesaria obligación, porque escribió más tarde á un obispo lla-

mado Rogaciano, que le consultó sobre el particular, que en virtud y autoridad de su silla tenia todo el poder necesario para gobernar su iglesia y castigar á los miembros rebeldes de su clero y de su pueblo. Seria pues muy erróneo el concluir por ejemplo particular de san Cipriano, que todos los obispos de su tiempo hacian lo mismo, y que deben imitarle los obispos de todos tiempos. La Providencia, al colocar á san Cipriano en la silla de Cartago, deparaba á esta iglesia un baluarte firme contra la persecucion que iba á estallar contra los cristianos un año mas tarde.

13. Desde el último año del emperador Filipo (249) y en tanto que todo el resto de la Iglesia gozaba de paz bajo el gobierno de este príncipe, descargó sobre Alejandría una borrasca precursora de violentas tempestades. Esta revoltosa ciudad, depósito de todo el comercio del Oriente y patria de todas las sectas, era habitada por una numerosa y atrevida poblacion, cuyas costumbres conservaban cierta ferocidad y cuyas manos estaban frecuentemente ensangrentadas (VILLEMAIN, *Tableau de l'éloquence chrétienne au IV^e siècle*, p. 88). Las pasiones populares eran muy fáciles de excitar allí, y los asesinatos que se seguian á los disturbios civiles hicieron temblar mas de una vez á los gobernadores romanos. Un poeta pagano trató de hacer revivir las supersticiones amenazadas de completa ruina por los progresos del cristianismo; y poco tiempo despues de la eleccion de Heraclas al patriarcado, aprovechándose de la atencion pública de que fueron objeto los fieles con este motivo, sublevó al pueblo contra los adoradores de Cristo. Sus fogosas arengas, el tono de inspiracion que les daba, reanimaron los furoros antiguos. El grito de: *Afuera los cristianos*, fué una aclamacion universal, y la exterminacion de los fieles comenzó por la de un anciano llamado Me-tras, á quien quisieron hacer apostatar los sediciosos. Negándose heroica y santamente, le prendieron, le abrumaron de golpes, le hicieron reventar los ojos y traspasaron su rostro con puntas de caña. Despues de haberlo llevado á rastra en este estado por las calles de la ciudad, le condujeron á un

barrio donde acabaron su martirio, apedreándole. Esta sangre inocente enardece aun mas su furia; una piadosa mujer llamada Quinta es tambien víctima suya. La conducen en procesion á un templo de ídolos y le intiman que adore á los dioses. Rechaza con horror el incienso que se le presenta: inmediatamente es atada por los piés cabeza abajo, y en esta cruel situacion es arrastrada por los empedrados de la ciudad, donde iba dejando pedazos de carne; siendo por último apedreada en el barrio. Encienden aun mas el deseo y sed de sangre estas primeras violencias, y el populacho invade en masa las casas de los fieles, roba sus muebles y vasos preciosos, y echa por las ventanas lo demás para hacer una inmensa hoguera con que alegrar la poblacion. Se hubiera dicho que una mitad de la ciudad tomaba de asalto la otra mitad. La conducta de los cristianos en tal coyuntura fué admirable, pues que apenas si se encontró un solo ejemplo de apostasia. Los niños, las mujeres, las vírgenes confesaban noble y heroicamente su fe, y con tal de adquirir derechos para ir al cielo perdian gozosísimos sus bienes temporales. Los sediciosos se apoderaron de una santa vírgen llamada Apolonia: le quebraron todos los dientes á palos, y sacándola fuera del recinto de la ciudad, encendieron grande hoguera para arrojar á sus llamas á Apolonia si se negaba á adorar á los dioses. Suplicó ella se la dejase un instante para decidirse; mas pasado un breve rato, movida del Espiritu de Dios, se arrojó ella misma al fuego y muy luego se fué consumiendo. — Prenden en su propia casa á un fervoroso cristiano llamado Serapion; se le descoyuntan y rompen todos los miembros, y como aun respirase á pesar de tan horrible tormento, se le precipita por una ventana para que se estrelle contra las baldosas de la calle, en donde espiró. Perseguidos como fieras, y muertos á golpes por los transeuntes, la matanza de los cristianos fué inmensa. No se moderó la venganza de los paganos sino cuando la guerra civil les hizo matarse unos á otros; lo que dejó algun descanso á los cristianos, aunque por poco tiempo.

14. Grandes acontecimientos habian cambiado la faz del

imperio. Decio, enviado por el emperador Filippo con título de su lugarteniente en la Panonia (Hungria), corrompió las legiones, y á su frente vino á atacar á su amo, que vencido fué degollado por sus propios soldados en Verona (249). El trono fué pues de nuevo recompensa de un crimen. Decio alimentaba en su corazon un odio el mas salvaje contra los cristianos, é inauguró su reinado con un edicto sangriento contra los fieles, dirigido á todos los gobernadores de las provincias. Esa fué la señal de la séptima persecucion general de la Iglesia. La primera victima fué san Fabian, que fué decapitado el 20 de enero de 250; ilustró un pontificado de catorce años con sus trabajos y piedad. Desde su promocion habia cuidado de traer á Roma desde la Cerdeña el cuerpo de Ponciano, antecesor de Anthero, que habia muerto en aquella isla, y que fué inhumado en el cementerio de Calixto. Hizo levantar gran número de altares sobre los sepulcros de los mártires, y encomendaba notar con cuidado el día de su muerte para celebrar su memoria. Estableció con el mismo objeto siete subdiáconos para cuidar de la redaccion de las actas de los santos mártires. Baronio le atribuye la conversion y bautismo del emperador Filippo y su hijo. Celoso por la conservacion del depósito de la fe, escribió muchas cartas para refutar y comprimir la herejía de Privato, obispo de Lambesis en la Numidia. La historia no nos ha conservado relacion alguna sobre la naturaleza de esta herejía. San Cipriano solo nos dice que Privato fué condenado y depuesto por sus crímenes en un concilio de noventa obispos, celebrado en Lambesis, colonia de la Numidia romana, y confirmado por las cartas y autoridad de san Fabian. Encontraremos muy pronto el nombre de Privato en el cisma de Novato contra san Cipriano en Cartago. San Fabian distribuyó con regla los recursos que la caridad de los fieles ponía en sus manos para alivio de los pobres: y encargó de su distribucion á siete diáconos de la Iglesia romana, señalándoles á cada uno dos de los catorce cuarteles de la ciudad. Tales son los detalles que nos suministra el *Libro pontifical* acerca de los trabajos de san Fabian.

CAPITULO XII.

SUMARIO.

§ I. LA SANTA SEDE ROMANA VACANTE (20 de enero de 250-2 de junio de 251).

1. Carácter de la séptima persecucion general bajo el mando de Decio (250). — 2. Mártires en Roma, Jerusalem, Antioquia, Alejandria, etc. — 3. Mártires de Asia. — 4. Interrogatorio de san Acacio, obispo de Antioquia en la Pisidia. — 5. Defecciones en Cartago — 6. *Thurificati, Sacrificati, Libellatici, Lapsi*. Billetes de recomendacion de los mártires. — 7. Carta de Luciano, confesor en Cartago, á san Cipriano, relativamente á la cuestion de los apóstatas. — 8. Respuesta del clero de Roma á san Cipriano relativamente á los apóstatas. — 9. Cisma de Felicísimo y de Novato en Cartago.

§ II. SAN CORNELIO, PAPA (2 de junio de 251-14 de setiembre de 252).

10. Eleccion del papa san Cornelio (2 de junio 251). — 11. Novaciano, primer antipapa. — 12. Muerte de Decio (251). Fin de la séptima persecucion general. San Pablo, primer ermitaño. — 13. Concilio de Cartago (252). Tratados de san Cipriano: *De lapsis, De unitate Ecclesie*. — 14. Concilio de Roma. — 15. Segundo concilio de Cartago, bajo san Cipriano (252). Cisma de Fortunato en Cartago. — 16. Confesion, destierro y muerte de san Cornelio (14 de setiembre de 252).

§ III. PONTIFICADO DE SAN LUCIO (28 de octubre 252-14 de marzo de 253).

17. Eleccion, pontificado y muerte del papa san Lucio I. — 18. Muerte de Orígenes. Dudas acerca de su ortodoxia.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN ESTÉBAN I, PAPA (253-257).

19. Eleccion del papa san Estéban I. — 20. Peste universal (253-260). — 21. Caridad de los fieles. — 22. Cartas y decisiones de san Cipriano sobre diversos asuntos de su tiempo. — 23. Cuestion del bautismo de los herejes. — 24. Concilio de ochenta y cinco obispos en Cartago (1º de setiembre de 256). — 25. Octava persecucion general de la Iglesia. Martirio del papa san Estéban I (257).

§ V. SAN SIXTO II, PAPA (24 de agosto de 257-6 de agosto de 258).

26. Eleccion del papa san Sixto II. Fin del negocio de los rebautizantes. — 27. Martirio de san Cipriano en Cartago. Principales mártires de la octava persecucion general en las diversas provincias del imperio. — 28. Martirio de san Cirilo, niño de Cesarea en Capadocia. — 29. Martirio del papa san Sixto II (agosto de 258). — 30. Martirio de san Lorenzo. — 31. Fin de la octava persecucion general.

§ I. LA SANTA SEDE ROMANA VACANTE (20 de enero de 250-2 de junio de 251).

1. La séptima persecucion general entró con tanta violencia, que no le fué posible á la Iglesia de Roma reunirse para